

Varela. El general antifascista de Franco

FEDERICO MARTÍNEZ RODA

Madrid, La Esfera de los Libros, 2012, 590 páginas

Sin género de dudas, uno de los aspectos más positivos del resurgir de la historia política española ha sido la publicación de un crecido número de biografías. Éstas nos están permitiendo conocer en profundidad a destacados personajes que, en determinados periodos, brillaron con luz propia, impulsando u orientando mediante su acción individual el devenir histórico. Puede decirse que en la segunda década del siglo XXI, los políticos, empresarios y militares que descollaron en la historia contemporánea de España tienen uno o varios estudios monográficos, y la cifra de los que no lo tienen es cada vez más reducida. Con ello, la española está cubriendo la brecha que le separa de otras historiografías, como la británica y la norteamericana, donde la biografía —como la historia política en general— en ningún momento dejó de ocupar una posición relevante. Si bien, como demuestra la monografía reseñada a continuación, este resurgir está adscrito a la «nueva biografía», a las historias de vida orientadas, como razona Chamberlyne, a comprender los esquemas mentales colectivos y las normas de comportamiento que rigen las sociedades humanas.

Dentro de la eclosión de biografías sobre los militares que tuvieron un papel singular en la vida política de la primera mitad del XX, promovida de forma destacada por La Esfera de los Libros, la obra de Martínez Roda sobre José Enrique Varela Iglesias descubre a uno de los generales más destacados del bando nacional en la Guerra Civil y, desde luego, a uno de los hombres de confianza de Franco durante los años iniciales de la Dictadura. No en vano, Varela fue su ministro

del Ejército en el llamado primer gobierno de la paz (1939-1941) y se mantuvo en el cargo hasta septiembre de 1942, cuando dimitió a resultas de la confusa liquidación del célebre atentado de Begoña. Ya durante la Guerra Civil, Varela había liderado las operaciones en frentes especialmente delicados como los de Andalucía, Madrid —donde participó tanto en el primer ataque frontal sobre la Ciudad Universitaria, como en la defensa de las posiciones del Ejército «nacional» en Brunete— y Teruel. Demostró especial pericia en envolver Toledo y romper el cerco que sufrían los defensores del emblemático Alcázar.

Como tantos otros militares españoles de la época, Varela se había forjado en los campos de batalla rifeños. Con tal fortuna que, ya en los años veinte, logró hacerse conocido por la opinión pública y conseguir algo inédito hasta entonces: dos cruces laureadas de San Fernando, el máximo reconocimiento al valor. Martínez Roda lo caracteriza como un militar dedicado por entero a su carrera, austero, meticulado, con carácter, pero con notables rasgos de humanidad. Hombre hecho a sí mismo, Varela fue de los pocos militares españoles que, desde soldado raso, alcanzó el grado de capitán general. El autor, además, contribuye a romper la imagen del «africanista» exponente del valor individual, pero que desprecia la técnica militar y desconoce las innovaciones en ese campo. Como Franco, Varela tuvo la oportunidad de estudiar *in situ* la organización de los ejércitos francés y alemán, y su preparación y experiencia fueron claves para comprender su meritoria labor a la hora de desmovilizar el numerosísimo contingente bélico de 1939, y readaptar la misión del Ejército a la preservación de la «neutralidad» y la «no beligerancia» de España en la Segunda Guerra Mundial.

Precisamente, el trabajo de Martínez Roda aporta nuevas claves explicativas sobre el supuesto dilema de Franco de participar o no junto al Eje en ese conflicto. A diferencia de las posiciones más pro-alemanas del efímero ministro del Aire, Juan Yagüe, los dos militares seleccionados para las carteras de Ejército y Marina, Varela y el almirante Moreno Fernández, eran declaradamente contrarios a cualquier veleidad belicista. De hecho, al margen de la «tentación» de Franco tras la caída de Francia, lo cierto es que la permanencia de ambos ministros y, más aún, que Varela no propiciara más preparativos militares que los necesarios para repeler cualquier tipo de invasión viniera de donde viniese —la fortificación de la frontera pirenaica y el artillado de Baleares y Canarias—, debilitan la tesis de que fue Hitler quien una y otra vez eludió los ofrecimientos de España de entrar en guerra. Desde luego, resulta destacable la templanza de Varela tras conocer la entrada de los alemanes en París en 1940, pues continuó sosteniendo lo improbable de su victoria final. Sin duda influyó, como refleja bien el autor, la displicencia del ministro del Ejército, confeso católico y conservador, hacia el nazismo.

En este sentido, esta obra delinea, a través del estudio de uno de sus «prototipos» más caracterizados, la mentalidad de buena parte de los cuadros de la milicia española durante la primera mitad del XX. La vida del biografiado pasa por dos fases bien definidas. La primera, antes de 1931, en que predomina el compo-

nente apolítico y profesional. Lo que no significa que Varela no se adhiriera a ciertos principios compartidos dentro del Ejército de la Restauración una vez pasada la era de los pronunciamientos: el patriotismo, la preservación del orden y la supremacía de la ley, esta última rota, eso sí, en 1923. Si bien, a fuer de «africanista», Varela desconfiaba de la Dictadura de Primo de Rivera por su afán abandonista de Marruecos, llegando a chocar con el mismo general en Ben Tieb, y sólo se avino con la nueva situación política de la mano de Sanjurjo. Con todo, en 1930 apostaba por retornar a un «régimen liberal y parlamentario, pero dentro de la monarquía» (p. 110), y un año después tampoco tuvo mayores problemas en adherirse a una República también liberal y parlamentaria.

Sin duda, el aldabonazo que propició su politización en una segunda fase fue, a partir de 1931, la actuación de Azaña como ministro de la Guerra. Especialmente la revisión de los ascensos por méritos de guerra, que perjudicó notablemente la carrera de Varela y alimentó su oposición cada vez más evidente a una situación de izquierdas. Aunque se le ha caracterizado de filo-carlista, y ciertamente colaboró con este movimiento al dotar a sus milicias del Requeté de unas ordenanzas, lo cierto es que abandonó cualquier veleidad insurreccional con la llegada al poder de Alejandro Lerroux en 1933, que le permitió retomar su carrera militar. De hecho, Varela no participó de las conspiraciones monárquicas. Por el contrario, expresó su satisfacción con la situación de centro-derecha y mostró una afinidad especial con Gil-Robles. Desde luego, esto le costaría ser postergado con el Frente Popular en el poder, hecho que le impulsaría, nuevamente de la mano de Sanjurjo, a participar en la conspiración militar contra el gobierno de la primavera-verano de 1936.

En definitiva, el especialista se encontrará ante un estudio que cubre un vacío notable, realizado además a partir de fuentes originales —básicamente, el Fondo Varela, depositado en el Archivo Municipal de Cádiz—. El relato es, desde luego, ágil y ameno, encauzado en los moldes de la mejor biografía militar. Sin duda, el meritorio esfuerzo de investigación realizado por Martínez Roda, ya curtido historiador, descubre las posibilidades del método biográfico para mejorar nuestro conocimiento del Ejército español y de las circunstancias que abonan sus esporádicas incursiones en la vida política.

Roberto Villa García
Universidad Rey Juan Carlos

